

## IN MEMORIAM

### CARLOS ETAYO ELIZONDO

Don Carlos Etayo Elizondo ha fallecido recientemente, el pasado 26 de mayo, en Navarra, donde nació en 1921. Habrá presentado ante el Señor una vida llena y coherente, aunque polifacética, fervorosamente entregada al servicio de la Religión y de la Patria, desde su condición de seglar, con puesto de mando en Pamplona. Fue muy amigo de todos los amigos de La Ciudad Católica y por ello bien merece un recuerdo en estas páginas.

En los balances que de vez en cuando hacemos de las actividades de Editorial Speiro, de la revista *Verbo* y de los Amigos de la Ciudad Católica, a lo largo de casi cincuenta años, corremos el riesgo de limitarnos a la labor editorial, porque es fácil de objetivar y de cuantificar. Pero hay mucho más, aunque sea imposible de describir y de medir con exactitud. Son las relaciones entre seglars propagandistas católicos y con personas sin especial calificación, españolas y extranjeras, que han tenido como soporte material y visible nuestros locales de la calle de José Abascal, n.º 38, bajo izq., denominada antes de la democracia calle del General Sanjurjo. Por allí han pasado miles y miles de personas interesantes. Entre ellas, Carlos Etayo, siempre que venía a Madrid. Era un animador formidable y un paradigma de relaciones públicas. Conocía a todo el mundo, y muchos querían conocerle a él, y para eso se dejaban caer por Speiro. Así que a él alcanza también la observación de que además de sus escritos y aventuras ha tenido en su haber una cantidad incontrolable, pero oceánica, de gestiones, contactos y conversaciones edificantes.

Para retocar este fragmento de zócalo o de contexto inicial recogeré una observación repetida en las conversaciones entre

Etayo y yo: que ni la Iglesia ni el Tradicionalismo político han agradecido la inmensa contribución intelectual que les ha hecho gratuitamente el grupo de los Amigos de la Ciudad Católica.

Empezando por la familia, que ahora está de moda, hay que consignar en este apunte que Carlos Etayo nació y creció en una familia distinguida de Pamplona. Antes de la guerra de 1936, la vieja Iruña era una capitalita pequeña donde todo el mundo se conocía. El embalse de espiritualidad religiosa y política que encerraba entre sus murallas, aún en gran parte conservadas cuando Carlos era niño, y que estalló y se desbordó sobre toda España aquel glorioso 18 de julio de 1936, no era un producto meteórico ajeno a la actividad humana, sino fruto de la ejemplaridad sostenida por familias como la Etayo-Elizondo, muy *ancien régime*. Por resumirlo todo, anotaremos que su padre, don Hilario, fue nombrado por el inolvidable general Mola, Gobernador Militar de Navarra desde el mismo comienzo del Alzamiento, a pesar de estar en situación de retirado en su carrera militar. Y que el hermano mayor marchó al frente inmediatamente, se hizo piloto de caza y murió de resultas de un combate aéreo con un avión rojo al que derribó.

Todo esto tiene interés para acceder a la clave de la vida de Carlos, una clave poco conocida, precoz y siempre presente dando unidad y cohesión a su aspecto polifacético aparente. Esa clave fue la meditación de Las Dos Banderas de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio, que él trasladó a la arena política con la distinción entre la Revolución y la Cristiandad.

Otra amiga de la Ciudad Católica, Alexandra Wilhelmsen, hija del mayor hispanista anglosajón contemporáneo, Frederick, nos contaba que en el entorno de su residencia habitual en Tejas hay personas que requeridas para una confrontación intelectual y política católica, se escabullen de ella y tratan de justificarse con limosnas para el Tercer Mundo. Les han calado y les han colocado la etiqueta de “los devotos de los niños de Madagascar”. Aprovechemos esto para explicar que Carlos Etayo, a pesar de su carácter aventurero y universal, no mostró interés por enviar leche condensada a los Niños de Madagascar, y sí, y mucho, en combatir al pro gresismo periconciliar judeo masónico que amenaza al

ser de España, que era, en feliz comparación del arzobispo don Luis Alonso Muñozerro, la gallina de los huevos de oro de la Gristiandad.

M. Jean Ousset, fundador de *La Cité Catholique*, en la cual se inspiraron don Eugenio Vegas Latapie y don Juan B. Vallet de Goytisolo para los primeros pasos de la Ciudad Católica española, tenía como uno de sus temas favoritos romper la disyuntiva entre hombres de pensamiento y hombres de acción, denunciándola como mala y de extremos malos, y postulando una síntesis acrisolada del pensamiento y de la acción a la vez. ¿En cuál de esas dos posturas se situaba Carlos Erayo? En ninguna de las dos y sí, en cambio, en su síntesis de la acción al servicio de unas ideas claras, hondamente sentidas. Es obligado aclarar este punto en su biografía, porque la espectacularidad de sus viajes en carabela y su actividad incesante pueden dar a los que no le conocieron íntimamente la falsa impresión de esa polarización errónea que es el activismo. Voy a desmentir esto.

Era Teniente de Navío y dejó la Armada, a pesar de que cuando lo hizo se vivía en los buques una elevada moral militar, para embarcarse en diversos proyectos, algunos ligados a la construcción y navegación en carabelas, y que se concretarían singularmente en la conmemoración del Centenario del Descubrimiento y Evangelización de América con un contenido religioso y patriótico distinto del de las ceremonias oficiales. Otros amigos han explicado sus viajes a través del Atlántico en unas carabelas y con unas derrotas exactamente iguales que las de Colón, por él diseñadas e inicialmente financiadas. Tuvo dificultades oficinescas, muchas más de las previsibles y justificables, y ninguna subvención oficial. Las dificultades materiales y técnicas de trasladar a pie de grada sus especificaciones de arqueología naval, fueron vencidas una a una por su inmenso saber marinero y su paciencia de ermitaño de luengas barbas. De todo aquello y de alguna polémica de oscura intención, han quedado reflejos en la *Revista General de Marina*, en los periódicos *El Alcázar* y *Diario de Navarra*, y en preciosas publicaciones de la Fundación Hernando de Larramendi. Quedó acreditado como un hombre de acción de una capacidad realmente extraordinaria. ¡Ah, pero no

solo eso! Yo tuve el privilegio de ver y sentir de cerca, junto a él, que en los entresijos de los complicados mecanismos de la preparación de aquellos viajes, latía la ilusión, que los alimentaba, de que sirvieran finalmente para dar resonancia a unas cuentas ideas sencillas y conmovedoras acerca de las grandezas de la Religión y de la Patria, en tan solo media docena de alocuciones públicas breves que iba también preparando con sumo esmero. ¡Ya lo creo que era también un hombre de pensamiento!

Igualmente asoció pensamiento y acción, como en un nudo gordiano, en la creación de su “Editorial Sancho el Fuerte”, con sede en su querida ciudad natal. Su misión, bien en alto proclamada, era desvelar y luchar contra la Revolución Mundial que invadía España, mediante la edición de libros propios y difusión de obras ajenas, amén de un enjambre, grueso, de pequeñas publicaciones no venales, como hojas volanderas coyunturales que recordaban los titulados “Rayitos de Sol” del P. Remigio Vilariño en el Apostolado de la Prensa de Bilbao. Repobló España de una obra fundamental del pensamiento contrarrevolucionario mundial, “Los Protocolos de los Sabios de Sion”, con dos ediciones (1982 y 1986) a las que incorporó sendos comentarios personales agudos y eruditos. Otros libros y folletos suyos se titularon, *Socialismo y Revolución* (1981), *La amenaza comunista* (1986), *El momento cristiano actual, ¡Viva Navarra 1936! Vigencia de su espíritu en 1980*, *Glorias del Requeté. La defensa de los Montes Torozos* (1990). El también amigo común y tradicionalista don José Fermín Garralda Arizcun ha recogido la mayor parte de su producción intelectual en la revista navarra *Siempre p’Alante*, de 16-VI-2006. Insisto en contar que fundía sus pensamientos con habilidades de hombre de acción, como comprar papel y tinta para su imprenta a los mejores precios del mercado.

Su generosidad y desprendimiento habituales y conocidos se manifestaron exageradamente en la prodigalidad con que regalaba libros a todo el mundo. Porque había llegado por su cuenta —hombre de pensamiento y acción— a la misma síntesis que presidió la trascendencia de otra persona inolvidable, Carmela, la mujer de Rafael Gamba: que el problema real, más que la edi-

ción, era la distribución. Con esa aguda percepción alumbró Carmela su Fundación Stella.

Con lo que llevamos anotado ya se vislumbrará que el corazón de Carlos estaba en el Carlismo. Era un requeté que disfrutaba estando entre requetés. Donde había carlistas, estaba como pez en el agua. Acudía a cuantas reuniones de ellos conocía, y estaba a bien con todos, sin encastillarse en ningún grupo, pero disgustándose con las cesiones, por ejemplo, respecto de la Unidad Católica de algunos de ellos. Siempre alegre y jovial, era un gran dinamizador en todas partes. S.A.R. Don Sixto de Borbón le concedió la distinción, poco frecuente, de Caballero —y luego Comendador— de la Orden de la Legitimidad Proscrita.

No sería honesto silenciar en la biografía de Carlos Erayo el impacto que produjeron en él, como en los de su edad conscientes, el Concilio Vaticano II y sus concomitancias hasta nuestros mismos días. Ha sido tremendo ver cómo se descristianiza España, día tras día. Tremenda la sensación de impotencia ante la almoneda, a la baja y sin tasa, del gigantesco esfuerzo religioso de la Cruzada de 1936. Pero él no era de la clase de llorones estériles, y se aprestó a la defensa y transmisión del Depósito recibido, hasta hacer de ellas uno de los ejes de su vida. Con todo, como tantos otros, más peleones que llorones, consiguió salvar a pesar de todo, su fidelidad a Roma, soslayando formalizar sus simpatías por las actitudes iniciales de monseñor Bernard Lefebvre. Pero nunca quiso ser encubridor de encubridores.

Al día de hoy aparecen en el pontificado de S.S. Benedicto XVI algunos despuntes como de querer salir de la crisis actual de la Iglesia mediante la reorganización y endurecimiento de las organizaciones piadosas de seglares (véase el artículo de don Santiago Martín, presbítero, en *La Razón* del 7-VI-2006, titulado “El sexto mandamiento”). Carlos está ya felizmente ausente de los nuevos planteamientos y conflictos que se vislumbran. Pero ellos nos recordarán quizás, por contraposición, un rasgo simpático y definitorio de su fisonomía: fue un guerrillero, muy poco más que en solitario, reacio a los requerimientos de consagrarse a organizaciones grandes y poderosas, que a fin de cuentas no se sabe a quién ni cómo sirven. Cuando alguien desarrolle el pensa-

miento del Papa Pío XII sobre la opinión pública y la libertad dentro de la Iglesia, y el respeto a los carismas individuales, tendrá que recurrir si busca un apoyo histórico a guerrilleros como Carlos Etayo que hacen la guerra por su cuenta con ubérrimos frutos.

Volvamos nuestra mirada hacia Navarra, hacia Pamplona. Hacia otro hombre excepcional, igualmente maestro eximio en aunar pensamiento ortodoxo y acción, el sacerdote M. I. Sr. D. José Ignacio Dallo Larequi. Fue, primero, rompeolas donde se ha estrellado eso de las absoluciones colectivas, y después fundador y mantenedor de la revista quincenal católica *Siempre p'Alante*, que ya lleva editados desde 1982 más de quinientos números de doctrina purísima sin publicidad ni subvenciones. En ese faro, batido por olas y vientos de ingratitudes domésticas, que son las que más duelen, han transcurrido muchos años de la vida de Etayo. No se puede escribir la historia de la Contrarrevolución en el final del siglo XX sin incluir en ella la de *Siempre p'Alante*, y en la de esta revista, la del esforzado capitán Etayo, parapetado tras su foco.

Querido Carlos: perdóname que no cuente, por hoy, muchas más cosas de tu hermosa vida. Ya irán saliendo. Hasta pronto,

ALBERTO RUIZ DE GALARRETA